

y le dirigen la palabra como amigos conocidos de antigua fecha.

Bruant, por la calle, lleva inmenso gabán de *peluche*, gran sombrero de castor y holgado tapabocas que le da varias vueltas por el cuello. Tres ó cuatro perros de aguas le acompañan (desde que una Maritornes le mató un pato amaestrado que le seguía á todas partes), y su típica silueta es conocida en todo el barrio de Montmartre.

En su casa viste garibaldina encarnada, medias botas y pantalón de terciopelo. Lleva rubias melenas (y esto en su casa como fuera de ella), que sirven de marco á un rostro inteligente y afeitado, y anda cimbreándose, como marino en tierra firme, en medio de los *bibelots* que se amontonan en aquella característica morada.

Lámparas de hierro forjado, bajos relieves con pátina amarillenta, croquis á la pluma, fragmentos de madera esculpida, vasos y ánforas de formas inesperadas, litografías de antaño y otros cien objetos más rodean el retrato de Bruant, y, éste, paseándose con aire majestuoso, canta sus canciones más celebradas.

Canta los crímenes de la Villette; canta el canal legendario de aguas enlutadas con la guillotina en el fondo elevándose en terrible silueta; canta las miserias en Menilmontant, con sus tortuosas callejuelas y sus solares desiertos, con la ortiga brotando del abandono, con su población miserable acampando alrededor del cementerio del Père Lachaise, en el que se ven desfilar los entierros como vagas apariciones; canta las hecatombes del matadero con el más ferviente realismo; canta las an-

gustias de *Saint-Lazare* con todos los horrores de aquel hospital inmenso; y con su voz cavernosa adquiere la solemnidad de un profeta que narra á su alegre auditorio las angustias todas, todas las desdichas que palpitan ignoradas, como en dilatado desierto, en este París que pone en música lo mismo sus glorias que sus más negras desventuras.

Y lo mismo que en casa Bruant son innumerables los rincones, cervecerías, sótanos y cafés, donde la voz resuena hasta las altas horas de la noche: en el *Clou*, con su público de bohemios, entre las escenas de Pierrot pintadas por el delicado y espiritual pincel de Villette; en el *Chat Noir*, célebre por su decoración fantástica; en la *Cigale*, en el *Euro-péen*. Por todas sus grietas y chimeneas, de todas sus puertas y ventanas, Montmartre lanza sus notas como lluvia de arte; lluvia que al remontarse en vapor convida á respirar ese aroma misterioso que vaga por el gran barrio.

VIII

Una excursión á Ruan

Leí, hace tiempo, en un libro poco leído, que en este mundo en que vivimos todo acaba por cansar, así lo bueno como lo malo.

Que cansaba lo malo, ya lo sabía antes de esta

lectura provechosa ; que lo bueno llegara también á fatigar, lo he ido aprendiendo poco á poco.

« Apenas en poder nuestro, — decía el libro, — lo que ha sido una ilusión de nuestra vida, en lo más enredado del fondo de nuestras cuerdas nerviosas, ó donde sea, empieza un malestar indefinible ; malestar que es alarmante síntoma de que nuestro espíritu, no contento ya con lo que posee, ambiciona de nuevo algo desconocido. »

Esta cita, más ó menos oportuna, la estampo aquí por escrito por varias y complicadas razones : una, porque de algún modo he de encabezar el artículo ; otra, porque siempre he supuesto que el lector paciente, al llegar á este punto y hora, estaría ya cansado de molinos, por ser nuestros artículos de aquella clase de malos, que yo ya me sabía ; y, finalmente (y aquí va la filosofía de aquel libro), porque, aun siendo bueno y hospitalario el que rueda y da vueltas en nuestra casa, también la ingratitude nos impulsaba á dejarlo por unos días, arrojados por aquel malestar y la ambición aquella de que hablaba nuestro libro.

Con tal firme propósito, y además con la maleta, la guitarra y otros útiles necesarios á todo viaje seriamente organizado, nos dirigimos, junto con el pintor Zuloaga, hacia la grande estación de Saint-Lazare, y allí tomamos billete para Ruan, ni de los de subido precio, ni tampoco de los baratos.

Como siempre, en aquella inmensa casa los trenes salían en todas direcciones sin darse tiempo de reposo ; las salas, en vez de ser de espera, eran de paso ; corría la gente disparada como dejando París á toda prisa ; los vagones de las tres clases se

llenaban, y las locomotoras se iban humeantes, silbando y echando chispas, con todo su cargamento, hacia toda clase de países, meridianos y naciones.

A fin de no ir á parar á otra clase de la que habíamos pensado, consultamos con un teniente de estación, quien nos enseñó un vagón que va á Ruan directamente, y nos subimos á él y dimos la voz de marcha.

Marchó el buen tren más que trotando y guiado por faroles que con pupilas encarnadas le enseñaban el camino ; pronto dejó París en el fondo, y, desbocado y palpitante, se lanzó á través del paisaje, por ser esta la misión que tenía señalada, sin apartarse un momento de la vía, sumiso al camino que le trazaban las largas líneas de acero.

El día se acababa (¡ que todo acaba en este pícaro mundo !) El sol, antes de ocultarse, miróse en la superficie del Sena, y, satisfecho de sí mismo, dobló la frente y cayó herido detrás de las lejanas montañas.

Naturalmente, con tan sensible pérdida nos fuimos quedando á obscuras. Entró la noche ; salieron las estrellas más importantes y lucidas ; luego otras más pequeñas, si bien más numerosas ; parte de la luna salió también, y bajo aquel *manto azul* poca cosa pudimos ver : algunas casas que huían de nosotros ; estaciones desiertas que saludaba con un silbido la cortés locomotora ; alguna luz en el fondo, algún perro ladrando y los postes corriendo, siempre sin descanso.

Así, pues, dejamos lo que pasaba fuera de casa y miramos á alrededor nuestro, á fin de ver entre qué gente nos hallábamos.

Cuatro seres venían con nosotros, pero cuatro seres dormidos, envueltos en toda clase de mantas, con estos escorzos y actitudes encorvadas que sólo tiene el rey de la Creación, cuando trasladada su cuerpo en ferrocarril, mirando de reojo á todo semejante que penetra en su vagón, como si fuera su más acérrimo enemigo.

Ante tan triste cuadro, no tuvimos más remedio que seguir aquel meritorio ejemplo, y, reclinados como mejor pudimos, cerramos nuestros ojos respectivos, esperando abrirlos en Ruan, para ver y admirar la gran ciudad cantada por Víctor Hugo.

No hay quien, habiendo hojeado, allá en los primeros años de la vida, las páginas de *El Judío Errante*, los cuentos de Gargantúa y las aventuras de Pantagruel, ilustradas por el fantástico lápiz de Doré, no recuerde como un sueño diabólico aquellas casas de inclinadísimos tejados y minaretes atravesando las nubes; aquellos negros edificios sosteniéndose unos á otros como por obra de encantamiento; aquellos estrechos callejones con sus muestras de hierro forjado y retorcido, con sus simbólicos emblemas y entrelazadas heráldicas; aquellas plazas desiertas iluminadas por la luna; las murallas solitarias con los cadáveres pendiendo de lo más alto de las torres; los calabozos profundos entrando en el fondo de la tierra, y las agujas inmensas subiendo con góticas cresterías.

El recuerdo de estos dibujos nos hacían ver Ruan entre sueños tal como lo concibiera el romántico dibujante, y (¡oh poder inmenso de un lápiz desbocado por una fantasía!) tal era la mella que habían obrado en nosotros aquellos grabados al

acero, que no podíamos concebir otro Ruan que aquel Ruan corregido y aumentado.

— ¡ Cinco minutos de parada! — gritó quien debía de gritar (que para esto le pagaban).

— *Grand Hôtel! Hôtel des Postes!* — gritaban otros.

Y, haciéndonos subir casi á empujones dentro un coche fondil, nos entraron á la antigua y *renombrada* capital de la Edad Media.

Nada vimos (por de pronto) que aquella tierna edad nos recordara.

Calles empedradas con cordura; faroles de todos sistemas y dimensiones alineados por la eterna monotonía de siempre; cafés con mucha luz y poca gente; kioscos para vender periódicos; sumideros decorativos, y otros detalles más imitando á París á todo trance; con el café Americano, que se ve reproducido en todas las ciudades de Francia; con *Folies Bergères*; con los sobados bulevares; con la Opera; con todo lo que recuerde la capital, llevado al más alto grado de servil imitación y falta de toda inventiva.

Tanto que, al pasar un puente y atravesar el Sena, y al ver los muelles iluminados á cada lado, con las fachadas mirando á la corriente, llena de puntos movedizos; con los vapores golondrinas deslizándose por la quieta superficie, hubiéramos creído estar todavía sobre el puente de los Inválidos, á no ser por el olor de brea y el salobre aroma que nos recordaba el mar, que allí sube para abrazarse con el caudaloso río.

Llegamos á una mala fonda.

Tan mala era que el mismo dueño se creyó obli-

gado á efectuar en ella importantísimas reformas y remover la casa hasta los cimientos, para dar al establecimiento un aspecto más urbano que el que tenía en aquel momento histórico. A fin de llevar á cabo este trastorno en su finca, había montado el buen hombre tan soberbio andamio, y reinaba tal desbarajuste en todas partes, que para llegar á las habitaciones, que tuvieron á bien destinarnos, tuvimos que atravesar verdaderas barricadas, saltar tablas y subir escaleras peligrosas, apartar el contacto de nuestras prendas de vestir con las puertas, todas ellas recién pintadas, agacharnos para no dar con complicados armatostes y hacer equilibrios de mérito y otras ingratas habilidades.

Ya en nuestros dormitorios sin daño de consideración, reflexionamos que lo más prudente era ir á recorrer Ruan á vista de oscuras, y volvimos á desandar lo que habíamos andado.

A la buena de Dios empezamos á recorrer calles y calles, unas nuevas y tiradas á cordel, y viejas otras y tirando á puro desequilibrio; fuimos subiendo una cuesta; después otra; bajamos; encontramos el Sena y lo pasamos por el ingenioso medio de un puente; nos encontramos en un campo; volvimos atrás; nos intrincamos de nuevo; y, por fin, guiados por una altísima flecha, que nos sirvió como la estrella á los Magos, fuimos á parar delante de la catedral, en donde nos detuvimos.

Entre aquella obscuridad, la fachada se extendía como un manto de luto delante del firmamento. Los ocho campanarios se elevaban rodeando el gran templo en vagas masas informes, y el edificio adqui-

ría proporciones gigantescas entre la sombra, que sólo dejaba entrever su portentoso esqueleto.

Dimos la vuelta por estrechos callejones, siempre rozando los altísimos muros, y entramos en el claustro, que estaba sufriendo una restauración en sus heridas.

La luz interior del templo se filtraba por unos ventanales, con esos colores muertos que calca la antigüedad en los cristales antiguos; y vestidos de suave armonía veíanse allí santos y vírgenes y mártires medio borrados por cariñosa pátina; símbolos y alegorías formando motivos delicados como blondas de colores, y motivos de ornamentación modelados por los besos del tiempo, que, destacándose sobre la masa negra del muro, daban frío á los sillares de afuera y atraían el pensamiento, en busca de calor al espíritu, hacia el sagrado recinto.

De allí salían voces, entonando una canción débil como un eco y orquestada por la bóveda; voces que seguían gimiendo por las paredes durante largo rato y llegaban á nuestros oídos tenues y vibrantes como oración cantada; y aquellas notas, que parecían como ayes del edificio, dentro nosotros mismos continuaban cantando, como si fuera el aire de aquel antiguo monumento el que penetrara en nuestro ser por las puertas del espíritu; como si aquellas paredes tuvieran voz y alma y sentidos.

Ayes debían ser, sin duda (¡ya que también se quejan las obras de arte en su lenguaje!), ayes de rubor, de sentirse restaurados por impúdicas manos, que no saben comprender la virginidad que guarda su venerable sudor, ni sus canas de yedra; que no saben comprender que esos pedazos de historia pre-

fieren caer y dormirse en sus ruínas como héroes que ven cubiertas sus grietas con afaites y cosméticos de coqueta.

Ruan, como otras tantas ciudades, es víctima de una reforma que va destruyendo lo mucho que tenía de típico y característico; Ruan, que hace algunos años era (á pesar de los dibujos de Doré) una ciudad antigua, interesante en extremo, va convirtiéndose en una vulgar ciudad moderna que imita lo imitable de París, sin poder copiar lo bueno de la capital de Francia.

Si *Madame Bovary* recorriera hoy día con su famoso *fiacre* el sabido itinerario descrito por Flaubert, tendría que cambiar de rumbo á cada paso; pues, en vez de callejones angostos y misteriosos, encontraría calles nuevas, largas y tontamente rectas, habitaciones modernas y confortables, bulevares correctamente empedrados, pero sin un detalle para goce del espíritu, sin un asomo de belleza donde descansar la vista, sin un consuelo ni reposo al malestar que produce la eterna, la glacial línea recta.

Lo que vería Flaubert sería la antigua ciudad refugiándose al centro; vería las casas viejas, con sus pobres y artísticos aleros, acurrucadas debajo la catedral, pidiendo amparo á las antiguas paredes; vería las ya raras viviendas del pasado que se conservan en pie, acumulándose, para su mutua defensa, en estrechos callejones, aguantándose con la frente y estrechándose con arcos, como brazos que les sirven de sostén; vería otros pintándose la cara vieja de blanco, para rejuvenecerse é inspirar compasión á los reformadores; y vería las calles nuevas

abriendo brecha en pleno corazón de la ciudad, de la vieja ciudad que vió morir á Juana de Arco.

Y entre la hecatombe del derribo vería las casas abiertas de parte á parte, mostrando sus entrañas; vería puestas al descubierto las intimidades del hogar, recibiendo las inclemencias del aire; vería pendiente del alto muro algún cuadro olvidado allí, con el marco desteñido por la lluvia; las negras trazas de las chimeneas mostrando sus negruras y subiendo como arrastrando con las huellas del humo; los huecos de las ventanas, con el cielo por fondo, abiertas en extraordinarias alturas, y en el suelo las ruínas desplomadas, húmedas y carbonizadas, como recién caídas de un incendio.

Eso vería el gran Flaubert en su patria, y de seguro lloraría la ciudad interesante que se va, empujada por la antipática ciudad advenediza. — Pero ¿no hay más que ver en Ruan? — preguntarás; oh lector! si has seguido nuestra excursión hasta este punto. — Claro que hay más y mucho más, y bueno, y hasta único en el mundo, bajo el punto de vista arquitectónico; pero el relato detallado de todo ello, en el *Joanne* ó en otro guía curioso, lo encontrará quien le interese, con esa riqueza de detalles, datos y fechas que tan del agrado son de los ingleses viajeros, amantes de saber por sistema decimal la medida, objeto y proporción de toda obra de arte.

Allí se puede averiguar que la campana de la catedral pesaba en sus buenos tiempos veinte mil libras; que su flecha tiene cuatrocientos cuarenta pies, ó sean nueve menos que la gran pirámide de Egipto y no sé cuántos que el andamio de Eiffel;

que el primoroso Palacio de Justicia es de piedra de buena calidad ; que la condesa de Brege, enterrada en la basílica, nació en 1499 y murió en 1566, y otros datos no menos interesantes que te probarán lo mucho que conserva Ruan en colección bajo catálogo, con etiqueta y numeración ordenada.

Pero lo que no encontrarás anunciado en ningún guía (y si quieres gozar de ello apresúrate, por Dios, lector querido) son esos rincones armonizados por la lenta sucesión del pasado ; esos conjunto visitados por los siglos, delante de cuyas huellas tiembla el lápiz como movido por resorte misterioso ; esos amores del sol con la piedra y la humedad con el musgo, de la yedra con las estatuas y de las grietas con las plantas.

Todo esto se va perdiendo. Dentro pocos años, los edificios que quedarán enteros se verán iluminados con luz eléctrica y cruzados de teléfonos como modernas telarañas ; las casas de alquiler crecerán sobre los claustros augustos, y los grandes campanarios servirán quizás de postes telegráficos.

El mismo famoso canal, que tantos artistas ha inspirado, va perdiendo su carácter : hoy día le obligan á mover un molino vulgar de nueva planta.

Maquinaria flamante, cuadras limpias y perfectamente ordenadas, sistemas perfeccionados, útiles, si se quiere, y necesarios ; pero, á pesar de tan útiles ventajas, preferimos volver al nuestro, que, si no muele pan para el cuerpo, alimenta de otro modo nuestro espíritu.

El moro del baile

En un artículo anterior decía que lo que más renombre ha dado al molino de la Galette, aparte de otras múltiples y variadas cualidades, es el famoso baile que, bajo su sombra y responsabilidad, se perpetra todos los domingos y demás días de la semana.

Subiendo la empinada cuesta que conduce á la iglesia de Montmartre, y al pasar bajo unos grandes y verdes paredones, se oyen los desacordes de una orquesta tocando á toda máquina. Un sordo rumor de humanidad atraviesa por las grietas de esa casa, un pataleo enorme hace temblar los muros, y por los ventanales abiertos, á modo de sudoroso hervidero, se deslizan bocanadas de humo que exhala, por sus poros de madera, el extraordinario edificio.

Delante de su caprichoso aspecto, no sabe el morigerado viandante si es aquello una casa de dementes, una fábrica de instrumentos musicales en ensayo general, ó una sesión animada de espiritistas en danza, hasta que un anuncio oportunísimo explica en letra clara y comprensible, á todo el que sepa leer, que aquello no es más que el mismísimo sarao del *Moulin de la Galette*.

Esto basta y sobra para derramar luz sobre la más, obscura inteligencia, pues si bien son muchos los mismos parisienses de varias generaciones á esta

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO